



La muchacha dorada se había zambullido desde el patín y el hombre aceitunado y calvo braceó enérgicamente para acercársele, presenciar su vuelta a la superficie, sorprender el brillo de la carne húmeda salpicada de agua y sol. Rabiaba la claridad del mediodía. El hombre aceitunado y calvo recuperó la vertical, comprobó que apenas le cubría el agua y trató de localizar a su familia sobre la arena. Una mujer cúbica lavaba enérgicamente a un niño. Prosiguió la cacería visual impunemente, volviendo el rostro hacia el lugar donde había dejado a la muchacha dorada y la vio nadar de espaldas, en dirección contraria al permanente patín, apenas movido por un mar calmo.

Fue entonces cuando vio el cuerpo flotando sobre las aguas, convertido en un tope mutuo con el patín. Sin duda un acompañante de la muchacha dorada, hasta ahora inadvertido. Pero nada le impedía seguir contemplándola.

Nadie podía prohibirle mirarla, llenarse la retina de aquella carne justa, vivificada por la sal y la restallante claridad. Repartió su mirada entre la muchacha que trazaba caprichosas, discontinuas carreras sobre el agua y el cuerpo inerte que seguía flotando, obstinadamente adherido al varado patín. Poco a poco fue aceptando la idea de que era una postura excesivamente insistente y contraria a las leyes de la respiración. Pero hay quien aguanta mucho, se dijo, y no voy a hacer el papanatas dando la voz de alarma para que luego me salga el tío tan fresco y la chica se me ría en la cara. La muchacha volvía con un «crawl» fácil, como a través de un carril previamente trazado sobre el mar. Se detuvo a un metro del patín y contempló recelosa, sorprendida después, la insistencia del cuerpo sin otro movimiento que el que le daba el suave vaivén de las aguas. La muchacha hizo girar su mirada en busca de algún acompañante y sus ojos se detuvieron en el hombre calvo y aceitunado que contemplaba la escena a unos veinte metros. Ratificada por la compañía, se acercó al cuerpo. Después le tocó con una mano, y el extraño nadador se apartó del patín con la obediencia de un muerto. La muchacha se volvió hacia el mirón y gritó en una lengua extraña. El hombre no esperó más. Procuró practicar una natación rápida y correcta para llegar pronto y bien, según exigía tan espléndida muchacha. La evidencia del cuerpo exánime se impuso a la degustación de la mujer. El hombre calvo y aceitunado empujó el cuerpo hasta llegar a una zona donde tocaba fondo y, una vez allí, tiró de él, seguido por la muchacha que no dejaba de gritar. Las voces abrieron túneles de expectación entre el gentío que nadaba y el que destilaba o secaba sudor sobre la arena. Varios nadadores intentaron disputar al hombre calvo y



aceitunado el papel de protagonista del suceso. Pero él conservaba su trofeo con un brazo pasado bajo los sobacos del muerto.

Al llegar a la orilla sacaron el cuerpo entre cuatro. El hombre calvo y aceitunado dirigía las operaciones. El cuerpo fue transportado boca abajo, tal como había sido recuperado de las aguas. Sólo llevaba un «slip», era joven y rubio, tostado por el sol. Los cuatro portadores lo volvieron boca arriba al dejarlo sobre la arena. Un grito de horror amplió el círculo delimitado por la semidesnuda multitud. No tenía rostro. Los peces se habían comido las mejillas y los ojos. Le dieron la vuelta. Fue entonces cuando un muchachito advirtió que algo podía leerse sobre la piel de la espalda. Una mano apartó los granos de la arena mojada. Alguien leyó en voz alta la leyenda tatuada sobre una paletilla: HE NACIDO PARA REVOLUCIONAR EL INFIERNO.



No podía ser otra cosa que el timbre de la puerta. La mano de Pepe Carvalho palpaba el despertador y el corazón del nervioso animal no repiqueteaba. Alguien llamaba a la puerta. Golpeó en la espalda desnuda de Charo, que emergía del oleaje de las sábanas.

— Alguien llama.

— Abre.

— Es tu casa. Vete a saber quién llama.

— ¿Qué hora es?

Charo ya estaba casi despierta y parecía interesada por lo que pasaba.

— La una.

— ¿De la noche?

Pepe Carvalho le señaló las rayas que el sol trazaba a través de los postigos en el suelo de la alcoba. Charo saltó de la cama. Le tembló la desnudez y la enfundó en una bata de seda bordada. Calzó las chinelas del hombre, se corrigió el desarreglo del peinado con una mano y salió. Carvalho escuchó semilevantado y algo alerta los ruidos normativos de la puerta abierta, la conversación, la puerta nuevamente cerrada. Las chinelas volvían arrancando ruidos del «parquet». Charo tenía cara de molestia y desencanto.

— La Gorda.

— ¿Quién?

— La Gorda. La aprendiz de la peluquería de la Queta. Te busca. El dueño quiere verte.

— ¿Para qué? ¿Cómo sabía que estaba aquí?

— ¿En qué barrio te crees que vivo? Mándalo a paseo si no te interesa.

Pero ya Pepe salía y se enfrentaba a una adolescente gorda. Los cuatro bustos destacables de la chica no anulaban el predominio de la malicia opaca de sus ojos. Recorrieron la semidesnudez de Carvalho como en una declaración de complicidad.

— El amo me manda llamarle.

— ¿Quién es tu amo?



—El señor Ramón, el marido de la señora Queta.

—¿Qué quiere?

—Dice que venga usted. Que es urgente. Tenga.

Le tendió un papel. Carvalho abrió un postigo para poder leer: «Tengo un asunto que puede interesarle.» Carvalho puso la nota sobre la consola del recibidor y volvió a la habitación. Se vistió la ropa amontonada sobre una mecedora, mientras Charo se sacaba espinillas ante el espejo del tocador.

—Volveré mañana. ¿Tienes mucho lío hoy?

—Cuatro o cinco, a partir de las siete.

—¿Tranquilos?

—Psé. De todo. Pero puedes venir a dormir si quieres.

—He de pasar por casa. Por si hay alguna carta. Llevo mucho desorden estos días.

Carvalho salió hacia el recibidor pero de pronto cambió de rumbo y se metió en la cocina. La nevera le ofreció tanta luminosidad como vacío. Metió el dedo en la nata de una lionesa y después lo chupó. Se decidió por tomar un vaso de agua helada y media pastilla de chocolate. Comprobó que seguía mediada la botella de champán, constante en la nevera de Charo. La destapó y tragó un poco del helado y terso champán desbravado. Vacío el resto en el fregadero y, al volverse, vio a Charo apoyada contra el quicio de la puerta, con el rostro lleno de crema y envuelta en un albornoz blanco.

—Gracias por vaciarla.

—Estaba pasado.

—Me gusta pasado.

—Lo siento.

Pero ya Charo había desaparecido del marco y le dejaba el camino libre. Carvalho llegó al recibidor donde la Gorda esperaba entre resoplidos de impaciencia. En el ascensor recorrió de soslayo la orografía algodonosa de la adolescente, que asumía de reojo la contemplación. Carvalho la dejó pasar delante y la siguió por la acera. La Gorda caminaba con una compostura de «vedette», intentando una y otra vez con la cabeza lanzar al vuelo una melena corta y excesivamente lacada. La ciudad se sumergía en la tregua del mediodía y el chirrido de las puertas metálicas de los comercios clausuraba la mañana laborable. Recorrieron varios desfiladeros de fachadas desconchadas hasta llegar a la calle de la Cadena. La Gorda aceleró el paso y Carvalho vio muy próximo el rótulo de la peluquería Queta. Tras las puertas de



cristal opaco le esperaba el cuadro de las últimas parroquianas en el secador, con el rostro comido por el casco y los pecheros blancos. Carvalho examinó las piernas de las peluqueras concluidas en chancletas de plástico rojo. En la retina le quedó la imagen de un trasero pugnante bajo el guardapolvo azul.

— ¿Quién era la cuarta?

— La cuarta, ¿qué?

— La peluquera que estaba al final de la sala.

— Queta.

Contestó la Gorda sin volverse, mientras subía por escalones de madera hacia un altillo inundado por la luz del neón. Tras una mesa de oficina de las de antes de la guerra de Corea, un hombre levantaba la cabeza para acoger la llegada de la pareja. El hombre peinaba con eficacia el escaso pelo que le colgaba de los parietales, su rostro blanco y pecoso acogía escasas arrugas para la evidencia de su edad. Vestía un traje gris y bajo la mesa se cruzaban sus pies enfundados en unas chancletas de cuero.

La Gorda se marchó en cuanto el hombre sentado y Carvalho se aceptaron las miradas. Carvalho siguió la muda indicación del otro y se dejó caer en una butaquita tapizada en plástico verde. El hombre tenía un empaque desmesurado para aquel negocio y para las chancletas. Carvalho se sintió contemplado, medido, tasado. El hombre terminó su examen y apartó la vista como buscando algo encima de la mesa. Un recorte de periódico que ofreció a Carvalho. Este *lo* leyó y lo retuvo en la mano sin decir palabra ni apartar la mirada del extraño cutis de su anfitrión.

— ¿Se había enterado usted?

— No.

— ¿No lee los sucesos?

— A veces.

— ¿Qué le parece?

— ¿Y a usted?

— Yo pregunté primero.

Carvalho se encogió de hombros. El otro se había apoyado en el respaldo de su silla giratoria de madera y parecía esperar acontecimientos. Carvalho se distraía en el examen de aquella pequeña oficina de pequeño negocio de barrio, similar a cualquier pequeña oficina de pequeño negocio de barrio. Sólo el extraño empaque del viejo coqueto y bien conservado no encajaba con el contexto.



—Me interesa saber quién es ese hombre y a qué se dedicaba.

Carvalho devolvió su atención al recorte de periódico.

—No creo que sea difícil. La policía debe haberlo identificado.

—No me interesa preguntárselo a la policía.

—Sería lo más rápido, barato y seguro.

—No me interesa que sea rápido, ni barato. Y cada cual tiene su criterio sobre lo que es seguro y lo que no. Prefiero no decirle mentiras y por eso no quiero decirle por qué me interesa saber quién es ese hombre.

—Tal vez le interesa a usted coleccionar historias de naufragos. Este cadáver tiene su interés. Un tatuaje así no se encuentra todos los días.

—Si usted necesita saber mis motivos, invéntelos. Yo sólo quiero conocer la identidad de ese cadáver.

—No puedo meterme a ciegas. La policía no está para bromas, y si me meto a ciegas seguro que tropiezo con ella.

—Me han hablado muy bien de usted.

—No lo dudo.

Carvalho dejó el recorte sobre la papeleada mesa y volvió a su muda contemplación del otro.

—Usted ya sabe quién soy. Me llamo Ramón y llevo este negocio con mi mujer. Suponga que tengo un capricho y que no me duele gastar dinero en mis caprichos. Quiero saber quién era ese hombre y no tenemos otro punto de partida que la edad, parece un hombre joven por la descripción, y un tatuaje.

—¿No quiere decirme nada más?

—Sí. Le pago cien mil pesetas por el trabajo.

—Gastos aparte.

—Que no sean muchos.

Carvalho ya estaba de pie. El hombre también se había levantado por primera vez y apoyaba el cuerpo en las manos desparramadas sobre la mesa. Carvalho vio entonces un inmenso sello de oro en uno de sus dedos, un cabezón de jefe indio americano.

—Cincuenta mil ahora.

En cuanto la palabra «cincuenta» había salido de su boca ya la mano casi ocupada por el jefe indio se había metido en un cajoncito de madera y sacaba un fajo de



billetes. El hombre contó los billetes de mil hasta cincuenta, y se los tendió a Carvalho. Éste se los metió en el bolsillo y se marchó por donde había venido. Sus pasos despertaron el alma de madera de los escalones y al llegar al salón buscó con la mirada el mismo trasero que le había impresionado en el viaje de ida. Pero Queta le daba la cara. Un carnosos y agradable frente de mujer de casi cuarenta años, demasiado pintada quizá, demasiado grandes los ojos.

Ya en la calle, Carvalho pensó que no había estado a la altura de las circunstancias. El señor Ramón le había dado cincuenta mil pesetas y se había quedado otras cincuenta, por lo menos, en el cajoncito. Había estado dispuesto a anticiparle el total de la cantidad.



El local olía a riñones al jerez. Carvalho buscó una mesa rinconera desde la que pudiera ver todo el recinto y dejó que el aire espesado por la grasa de los riñones le impregnase las narices, la boca, la lengua. Pidió una ensalada castellana y riñones. Trató de imaginar todo lo prometido por el adjetivo «castellana» cuando acompañaba al sustantivo «ensalada». Su imaginación fue más lejos que la del cocinero. Se trataba de unas patatas a la vinagreta con algunos olvidos de atún en escabeche, estratégicamente situados en primer plano sobre el adoquinado de las patatas.

Con un ojo en el excepcional atún y el otro recorriendo las mesas, Carvalho se hizo una composición de lugar y de gentes. Preguntó al camarero.

— ¿Está por ahí el Bromuro?

— Ahora acaba con uno allá abajo. Si quiere, le digo que venga.

— Eso es.

El Bromuro llegó cuando Carvalho rebañaba la salsa de los riñones, contemplaba el pan empapado en pringue marrón y lo entregaba a la anhelante espera de la lengua. Un plato de riñones es ante todo un placer olfativo y táctil que la llegada del Bromuro no consiguió turbar. El Bromuro se arrodilló ante Carvalho, se apoderó de uno de sus pies y lo puso sobre la caja de limpiabotas.

— ¿Vienes a comer o a trabajar?

— Las dos cosas. Ha aparecido muerto un hombre en una playa. No tenía cara. Se la habían comido los peces y llevaba un tatuaje en la espalda: He nacido para revolucionar el infierno.

— Los hay echaos palante.

— Qué le vamos a hacer.

— ¿En su voz amarga había la tristeza doliente y cansada del acordeón?

— ¿De qué cono hablas?

Los ojos acuosos del limpiabotas se perdieron aún más en el complejo de arrugas ennegrecidas que configuraban un rostro a medias ocupado por las arrugas y a medias por varices bermejas. Sin duda se estaba riendo, o así al menos creyó Carvalho poder interpretar la conmoción sísmica de las arrugas.

— Es una vieja canción. Se llamaba «Tatuaje» y la cantaba Concha Piquer.



Carvalho recordó de pronto la canción. La tatareó, primero vacilando, después ya más seguro, con la ayuda de Bromuro. El limpiabotas la cantaba aflamencada y la canción era una tonadilla. Pero Carvalho le dejó cantar y, cuando hubo terminado, se agachó como para examinar la marcha del trabajo.

—Necesito todo lo que puedas saber sobre esto.

—De momento en blanco. Nada de nada.

—Ahora ya sabes que me interesa. Mañana a la una me limpiaré los zapatos en el Versalles.

—¿Vas a ir de putas?

Carvalho le concedió una sonrisa ambigua al tiempo de ofrecerle el otro pie. El escaso pelo del Bromuro dejaba ver el lecho casposo del cuero cabelludo. El limpiabotas se ganaba la vida como correveidile o vendiendo barajas pornográficas o haciéndose el gracioso explicando el uso y abuso que los poderes ocultos hacen de los bromuros.

—Le digo que ponen bromuro en todo lo que tragamos para que no la armemos y las mujeres puedan salir tranquilas a la calle. ¡Me da una pena! ¡Una pena tan grande! ¡Tantas como hay y lo poco que tenemos para darlas gusto!

El Bromuro siempre tenía el éxito asegurado con el relato de la conspiración bromúrica y del desfase entre la realidad y su deseo. Durante veinte años había entretenido a la parroquia con su historia. Había empezado contándola como una muestra de ilustración, de participación en la sabiduría científica de la Humanidad. Hasta que descubrió un día que su historia divertía más que preocupaba, y la convirtió en la principal palanca de propinas. Esta vez Carvalho le metió quinientas pesetas en el bolsillo del chaleco y el Bromuro alzó el rostro para expresarle toda su sorpresa.

—¿Un buen asunto?

—Suficiente.

—Tú no sueltas quinientas pesetas así como quien da agua.

—Si te parecen muchas, me las devuelves.

—¿Te vas a quedar conmigo, Pepe? Hasta mañana.

Recogió su caja y se marchó por el pasillo central del figón, examinando los pies de los comensales como quien busca setas. Carvalho dejó el dinero de la cuenta en el platillo y salió a la calle. No recordó de momento dónde había dejado el coche la noche anterior, pero intuyó *que había sido por* la parte alta de las Ramblas. Deambuló por el centro del paseo, deteniéndose en los quioscos de libros y revistas, sopesando



sobres de semillas, reflexionando más arriba sobre la extraña condición de los pájaros y monitos encerrados en las jaulas de los vendedores. Pero ya la Rambla se llenaba del bullicio comercial de la tarde y Carvalho se metió bajo el escudo colgante que daba paso a la entrada del Mercado de la Boquería. Quería cenar bien. Tenía la necesidad de guisar un rato mientras daba vueltas al asunto en la soledad de su casa y tenía solucionado el cierre del día con la promesa de una buena cena. Compró rape y merluza fresca, un puñado de almejas y mejillones, algunos langostinos. De sus brazos colgaban las bolsas de plástico blanco llenas de tesoros y recorrió el apacible despertar vespertino del mercado. Muchos puestos estaban cerrados y el acto de comprar comida tenía por la tarde el respaldo de un tiempo diferente, un ámbito peculiar limitado por un silencio casi total, apenas roto por los ruidos de la oferta y la venta.

Para aquel hombre alto, moreno, treintañero, algo desaliñado a pesar de llevar ropas caras de sastrería del Ensanche, pasear morosamente entre los puestos era una de las escasas juergas que permitía a su espíritu cada tarde que abandonaba los barrios de Charo para volver a su madriguera, en las laderas del monte que preside la ciudad.



A la casa de Carvalho se llegaba por un camino ancho de tierra que reptaba entre viejas villas, historiadas, de un blanco agrisado por la lluvia a lo largo de cincuenta años, salpicado por azulejos verdes o azules y los colgantes mechones de buganvillas o dondiegos que rebosaban por los bordes de las tapias. La villa de Carvalho no era un perro ni tan viejo, ni de tan buena raza. No la habían construido en pleno esplendor de Vallvidrera, sino en su segundo gran momento histórico, cuando algunos enriquecidos por el estraperlo de la postguerra habían buscado en la montaña un afortunado mirador del escenario de sus negocios afortunados. Se trataba de enriquecidos menores por un estraperlo menor. Gentes ahorrativas que habían conservado de los tiempos anteriores a la guerra el frenesí por la casita con jardín en las afueras, a ser posible incluso con su rincón para las lechugas, las patatas y las tomateras, fascinantes «hobbys» de fin de semana y vacaciones pagadas.

Carvalho había alquilado aquella pequeña villa construida según un modelo aproximado al funcionalismo de entreguerras. Los arquitectos estuvieron a punto de hacer una casa rigurosamente funcional, pero sin duda el propietario habría querido «una nota de color», o bien «un detalle para suavizar», y se habían permitido algunos caprichosos recorridos de ladrillos que parecían dientecitos vacíos sobre las cornisas e incluso alguna que otra hilera de azulejos amarillos incrustada en una fachada antes ocre que ahora verdecía después de treinta años de existencia.

Carvalho sacó la correspondencia del buzón de la entrada y cruzó el jardín de tierra y baldosas movedizas que le separaba de los escalones del porche. El descuido de Carvalho había permitido que crecieran por doquier las hierbas bordes y que sobre el porche las podridas hojas del otoño anterior dejaran un resbaladizo pigmento beige que las suelas traspasaban al interior de la villa. Los pies de Carvalho pisaron el mosaico de geometrías del interior y siguieron la estela de claridades que sus manos arrancaban de los conmutadores. Julio ponía tristeza en el atardecer, pero Carvalho necesitaba encender la chimenea cuando quería pensar relajado. Para contrarrestar se quedó con el torso desnudo y abrió postigos y ventanas para que entrara el aire más seco del exterior y los restos de sol que regalaba la tarde. Mientras abría los postigos sus ojos pellizcaban horizontes verdes hacia el norte y el este, y el horizonte de la geometría urbana de la ciudad a los pies de la montaña. La niebla de la polución hoy se reducía a una especie de casquete polar sobre los barrios industriales y obreros cercanos al puerto.

Carvalho bajó al sótano a buscar leña. Hizo varios viajes y después tuvo que limpiar la chimenea donde habían quedado los residuos de la última fogata de hacía



cinco días. Cuatro noches en casa de Charo eran demasiadas noches. Carvalho tenía una sensación contradictoria. Por una parte se reprochaba el abandono de la casa y de una vida normativa y más construida. Por otra recordaba el terciopelo de la piel de Charo, la finura de sus pieles más ocultas. Incluso algunos cariños que demostraban la ternura de la mujer.

Buscó sin éxito un papel de periódico para encender la pila de leña que había dispuesto según las leyes de los buenos encendedores de chimenea. Desde la tea hasta el tronco, la pila de madera seguía un proceso piramidal de lo más liviano a lo más recio. Pero no tenía papel.

—Tengo que leer más la prensa —dijo en voz alta. Finalmente fue hasta la estantería de libros que respaldaba toda la habitación. Dudó en la elección pero finalmente se decidió por un libro rectangular, verde, con mucha hoja. Carvalho leyó un breve fragmento mientras llevaba el libro al suplicio. Se titulaba *España como problema* y había sido escrito por un tal Laín Entralgo en unos años en que se suponía que los problemas de España se reducían a ella misma como problema. Metió el libro bajo la leña con las hojas y la encuadernación forzada y mientras le prendía fuego sentía por una parte prevención y por otra impaciencia para que la fogata brotara y el libro se convirtiera en un montón de palabras olvidadas.

Cuando el fuego era ya una imagen móvil y cálida, Carvalho fue a la cocina y alineó lo que había comprado según el orden que le exigía la elaboración de la cena. Ante todo bajó a la bodega. Había hecho derribar un tabique de unión de dos paredes maestras para dejar al descubierto la tierra y la piedra de la montaña. Allí habían excavado una cueva en la que se descubrían los lomos polvorientos de las botellas de vino iluminadas por una bombilla cuyo brillo era casi sonoro. Buscó la hilera de los blancos y escogió un Fefiñanes entre otras variedades hispánicas escasamente representadas. Ya con el Fefiñanes en la mano, la otra se acercó tentadora a un Blanc de Blancs de Bourdeaux. Pero la cena no merecía ni siquiera ese gran vino francés de segunda clase. Siempre que bajaba a la bodega cogía con cuidado una de las tres botellas de Sauternes que dejaba dormir para el marisco navideño. Era el Sauternes su vino blanco preferido, en evitación del intocable Pouilly-Fuissé, un vino que, según Carvalho, merecía ser reservado exclusivamente para las últimas voluntades de los gourmets inteligentes en apuros. Suspiró resignado con su Fefiñanes en la mano y subió nuevamente a la cocina. Limpió el pescado de espinas y los langostinos de su armadura. Hirvió las espinas y las armaduras rojas en compañía de una cebolla, un tomate, ajos, una ñora y un ramito de apio y puerro. El caldo de pescado era indispensable para la peculiar caldeirada de Pepe Carvalho. Mientras hervía pausadamente el caldo, Carvalho hizo un sofrito con tomate, cebolla y ñora. Cuando el sofrito tuvo el espesor suficiente rehogó unas patatas. Después echó los langostinos en la cazuela, el rape y finalmente la merluza.



Se colorearon los pescados, perdieron agua que se mezcló con la argamasa del sofrito. Fue entonces cuando Carvalho añadió un cazo de caldo fuerte de pescado. En diez minutos estuvo la caldeirada terminada.

Carvalho dispuso la mesita situada ante el fuego y comió en la misma cazuela. En cambio bebía el helado Fefiñanes en una copa alta de cristal fino. Cada vino ha de tener su copa. Carvalho aceptaba pocos mandamientos, pero éste era uno de los más estrictos.

Después de cenar se tomó un tazón de café suave que había aprendido a hacer en Estados Unidos y encendió un montecristo. Utilizó dos sofás para tumbarse casi horizontal, con el puro en una mano, el café en la otra y la vista perdida en las huidas impotentes de las llamas hacia el pozo hollinoso y siniestro de la campana. Imaginaba el cuerpo de un hombre joven y rubio, «...alto y rubio como la cerveza», decía la canción. Un hombre capaz de tatuarse sobre la espalda la leyenda: «He nacido para revolucionar el infierno.» Entre las historias de tatuajes que recordaba destacaba la de aquel pobre chorizo que se había grabado en el pecho: *Muera la policía*. Había pagado cara su declaración de principios a lo largo de casi treinta años de reclusión alternante cumpliendo pequeñas condenas y arrestos por la Ley de Vagos y Maleantes. El examen del tatuaje de «El Madriles» se había convertido en uno de los pasatiempos predilectos de las comisarías de todo el país.

—A ver Madriles, déjanos ver eso, hombre.

—Le juro señor inspector que fue un mal momento. Estaba borracho y me dio por ahí. Ya me lo desaconsejó el maestro que me lo hizo; Madriles: te dará muchos disgustos.

—Uno más no importa. Anda Madriles quítate la camisa.

El maestro. El tatuaje del hombre «alto y rubio como la cerveza» alguien lo había hecho. Tatuadores quedaban pocos, pero ya era previo saber si se trataba de un tatuaje tradicional o de un tatuaje superficial de drugstore parisién, al alcance de jovencitas con ganas de llevar huellas en la carne y en el espíritu. Debía ser un tatuaje profundo. De lo contrario, las mismas aguas que habían dado tiempo al festín de los peces en el rostro habrían disuelto la leyenda, y el cuerpo habría salido del mar no sólo con la desnudez de la muerte, sino también con la desnudez del anonimato más absoluto, a menos que las huellas dactilares figuraran en los archivos policiales. «El carnet de identidad.» Pensó Carvalho. ¿Quién no está en esos archivos? Tejió una primera y posible historia de la relación entre el hombre muerto y su cliente. Alguna complicidad unía a los dos hombres. Carvalho trató de alejar mentalmente esta hipótesis. Sabía por experiencia que lo peor en una investigación era partir de una hipótesis. Puede condicionar el proceso de acceso a la verdad e incluso desviarlo.



Cuando Carvalho hubo bebido el primer litro de café de la noche, la fogata tenía tanta fuerza que rugía y convertía toda la habitación en el escenario de su alocado y encadenado movimiento. Carvalho tenía calor y se quedó en calzoncillos. Fue sólo un instante. El suficiente para identificar su propio cuerpo con el del ahogado y buscar con aprensión la segunda piel de la chaqueta del pijama.



Se despertó cansado de dormir. Por la enrejada ventana entreabierta se metía el hervor de las conversaciones de los pájaros enervados por la evidencia del calor y del sol. A través de la ventana comprobó que todo estaba en su sitio; el cielo y la tierra. El calentador eléctrico y la cafetera italiana le ayudaron a recuperar conciencia de sí mismo. La ducha y el café le impusieron la evidencia de que vivía allí y ahora y que además tenía proyectos inmediatos que le ayudarían a malgastar un día, que tampoco podía destinar a nada mejor.

Por la tarde vendría la mujer de la limpieza y Carvalho hizo una breve inspección por si dejaba a la vista algo que Máxima no tuviera que ver. Fue entonces cuando advirtió, que había dejado la correspondencia sin abrir. Examinó los remites y dividió lo recibido entre lo que valía la pena leer y lo que no. Casi todo era propaganda, menos dos cartas: Una, de la cuenta corriente de la Caja de Ahorros; la otra, de sus tíos de Galicia. Carvalho empezó por la carta de la Caja. Era una comunicación sobre el estado de su cuenta corriente: ciento setenta y dos mil pesetas. Buscó en su chaqueta las cincuenta mil que le había adelantado don Ramón y consideró si era mejor ingresarlas en la cuenta corriente o en la Libreta de Ahorros. Buscó la Libreta de Ahorros en una pequeña caja de caudales que tenía en el último cajón de un canterano. Tenía ahorradas trescientas mil cincuenta pesetas. Unidas a las que había en la cuenta corriente hacían un total de casi medio millón de pesetas. Tras diez años de trabajo no era una cantidad ni corta ni larga. Era la garantía de que dentro de diez años habría llegado al millón y no se moriría de hambre cuando fuera viejo.

Carvalho decidió meter las cincuenta mil pesetas en la Libreta porque el dinero de la cuenta corriente es más efímero, está más sujeto a gastos artificiales propiciados por la fluidez del libro de cheques. En la libreta estaban más seguras. Volvió a contar los cincuenta billetes y los desparramó sobre la mesa con un ademán de gánster generoso. Recogió los billetes uno a uno, los apiló ajustadamente e hizo crujir el fajo abanicando el aire. Lo metió en un sobre junto con la libreta. Pasó a la carta del pueblo. El hermano menor de su padre le escribía en su letra casi ilegible, con las sílabas mal separadas y una enjundia de retórico de altos vuelos poco asistido por el instrumento del lenguaje.

Tras un largo protocolo inicial dedicado a la salud y al recuerdo del padre, el tío pintaba con bastante talento pictórico un cuadro de desolación agrícola: malas cosechas. A continuación una lamentable peripecia ganadera: se le había muerto una vaca hinchada por unas hierbas inconvenientes o, quién sabe, si por la maldad de



algún vecino que le había puesto un veneno. Finalmente la tía estaba enferma y la había enviado a Guitiriz a tomar las aguas. Un dineral. Si su padre viviera no sería insensible a tanto sufrimiento y a él recurrían para que en algo les ayudara, si podía y siempre sin que la ayuda le significara un auténtico problema personal. Le avisaba que le mandaban una docena de chorizos, dos quesos y una botella de orujo a través de un recadero lento, pero seguro.

Carvalho se puso a despotricar en gallego contra la familia y la madre que la parió. Pensó en escribir una carta dura en la que por fin les cantarían las cuarenta sobre lo tonto que había sido su padre renunciando a la herencia, ayudándoles en vida cuanto pudo y muñéndose finalmente con cuatro ahorros mal apilados. Y todo porque al haberse marchado primero a Cuba y después a Madrid y Barcelona ellos siempre le habían considerado el indiano de la familia.

Pero no lo hizo. Tejió cuatro líneas y anunció que les enviaba un giro de cinco mil pesetas. Pensó que su padre habría hecho lo mismo y que al hacerlo reencarnaba en parte al pobre viejo. Se le nublaron los ojos cuando le recordó estirado y frío, empequeñecido, sobre los azulejos del depósito de cadáveres del Hospital de San Pablo, tal como lo vio al término de *un* agotador viaje desde San Francisco. Eran las segundas cinco mil pesetas que le costaba su padre, la segunda vaca que ayudaba a pagar a sus parientes, a título póstumo, como si la pagara el viejo.

Carvalho tenía que hacer muchas cosas antes de su nuevo encuentro con el Bromuro y de momento casi todas aparecían liadas con sus raíces gallegas. Bajó con rapidez las rampas de la carretera de Vallvidrera, metió el dinero en la filial de la Caja de Ahorros de Carlos III y puso un giro en la estafeta de Correos de la avenida de Madrid. En media hora había quedado en paz con él y con el futuro.



Dejó su Seat «coupé» rojo en el estacionamiento de la Plaza de la Villa de Madrid. Le gustaba dejar el coche al comienzo de las Ramblas para poder recorrerlas a pie hacia abajo, hacia el territorio de Charo. Bajo los plátanos Carvalho andaba con descuido, parándose aquí y allá, dejándose atraer por los más imprevistos reclamos. Las hojas de los plátanos filtraban claridades blancas y amarillas sobre los escasos transeúntes de la mañana. Carvalho se metió por los soportales de la Plaza Real y el ochocentismo de las cosas le traspasó una impresión de quietud y armonía. Entró en un amplio portal y subió unos escalones de granito encajados en madera deslucida. Tras una puerta también de madera, pesada, barnizada en color chocolate, apareció un viejecillo vestido con un batín a cuadros. Reconoció a Carvalho y le abrió camino por un pasillo empapelado con motivos pompeyanos, hasta llegar a un comedor de estilo vagamente inglés, lleno de estatuillas de escayola, barcos embotellados o de sal y un muestrario de fotografías familiares amarronadas ante el que temblaban las candelarias flotantes en el aceite de dos tazones. La habitación olía a cera y a col hervida y el olor recordaba a Carvalho escenas de infancia de los veranos pasados en Souto, presididas por el morro de las vacas asomadas desde la cuadra al comedor familiar. Don Evaristo Tourón le indicó que se sentara y empezó su cháchara de recuerdos sobre el terruño. Últimamente las historias se repetían y diluían, Carvalho temió una vez más el embrollo hilo de un discurso agotador sobre los lobos del Monte Negro que asolaban toda la comarca de San Juan de Muro y a veces llegaban incluso hasta Pacios en busca de las ovejas de Manolo el Sastre.

—Venía a hablar con usted de tatuajes, Don Evaristo.

—Ah, bueno. Quieres tatuarte. Yo ya no lo hago. Hay que tener pulso. Pulso y ganas. Nadie ha conseguido ser un buen tatuador sin tener gusto por el oficio.

Don Evaristo se levantó para sacar del cajón del aparador un álbum de fotografías donde constaban sus mayores aciertos profesionales.

—Mira. Un paisano de El Ferrol. Marino en los bacaladeros. Mira.

Llevaba un tatuaje que le ocupaba todo el pecho con un árbol frondoso en el que los frutos habían sido sustituidos por cuerpos de mujer. En otra fotografía un hombre-gorila enseñaba un bíceps fruncido en el que aparecía el monumento a Colón de Barcelona con la leyenda: *Merche, aunque te escondas, te encontraré*. Un adolescente enseñaba los culos, en los que Don Evaristo había grabado: *Por aquí sólo se sale, no se entra*. Don Evaristo lamentó una vez más no haber fotografiado el sexo tatuado de un



descuidero famoso. Con el prepucio normal reproducía un gato. Cuando el prepucio retrocedía aparecía un ratoncito en el glande.

—Sudé la misma tinta que empleaba, Pepino, te lo juro. Y él. Vaya manera de aullar. Pero los tenía bien puestos.

Carvalho le preguntó por los supervivientes del oficio.

—Yo intenté crear escuela aquí. Pero sin resultado. ¿Quién se tatuaba? Marinos y gentes de mal vivir. Marinos ya no quedan, por lo menos como los de antes. Y las gentes de mal vivir han dejado de tatuarse para evitar las señales de identificación. Yo tuve un aprendiz del Clot, que lo hacía bien. Pero era marica y en este oficio un marica se expone a tener todo el día cinco dedos en la cara. Ahora queda un chico murciano bastante bueno, es algo más joven que yo. Vive junto al Parque. Pero en Barcelona no hay casi nada. En Tánger. Allí aún quedan. En Marruecos aún quedan. Y en algunos puertos del norte. Hamburgo no, o muy poco. No te fíes. Hamburgo mucha fama y nada. Rotterdam antes de la guerra. Buenos tatuadores, muy buenos.

Carvalho le preguntó si había oído hablar del tatuaje del hombre ahogado.

—Bonito. Antes de la guerra se tatuaba gente con cultura. Una vez me vino un chico de buena familia que estaba en la Legión y me hizo grabar una cosa en francés.

El viejo volvió a rebuscar en el aparador y volvió con un bloque de notas. Sobre la cuadrícula tenía reproducidas las leyendas de tatuajes notables.

—¿Qué pone ahí Pepino?

—*Ah! Dieu! que la guerre est jolie*

*Avec ses chants, ses longs loisirs.*

—Eso es. Me dijo que era de un poeta muy bueno.

Carvalho le pidió la dirección del tatuador que vivía cerca del Parque de la Ciudadela. El viejo le trazó el camino sobre un papel. No recordaba el número.

—No tiene pérdida. Además es un hombre notable. Es cojo y pesa más de cien quilos.

Carvalho cortó como pudo las largas despedidas del viejo.

—Avísame un día y te prepararé un lacón. Un cuñado mío me los envía de Pacios. Yo te lo guardo y tú lo guisas Pepino. ¡Si yo supiera cocinar como tú!

Paró un taxi en el cruce de la Plaza Real con las Ramblas. Diez minutos después bajaba ante el portal que el viejo Tourón le había indicado. En el cuarto piso una mujer molesta y atareada le hizo pasar a un pequeño recibidor en el que Carvalho apenas cabía, sentado entre una butaca de plástico negro claveteado y una mesita de



centro llena de revistas «Semana». Al poco trató de entrar en el cuartito el abdomen inacabable del tatuador. La cabeza se le había quedado en el dintel y el abdomen en cambio casi frotaba la nariz de Pepe.

—Me envía Don Evaristo Tourón.

—Hombre. Eso está bien.

—Quisiera hablar de cosas del oficio.

—Eso está bien. Muy bien.

Salió el tatuador invitando a Carvalho a que le siguiera y se metió en un despachito que le recordó el de Don Ramón en la peluquería. El tatuador se sentó tras la mesa y le ofreció un «Rossli».

—Es suave. Va bien a esta hora de la mañana. Del oficio quiere hablar. Eso está bien. El oficio en cambio, mal, muy mal. No doy golpe desde que estuvo por aquí un barco italiano, hace casi medio año. Las cosas buenas desaparecen. Hoy no hay tiempo de nada. Antes un hombre enseñaba un tatuaje a una mujer y ya tenía la cosa medio hecha. Hoy hay que enseñarle en seguida otra cosa.

Se echó a reír con una ronquera entrecortada. Carvalho le secundó levemente.

—Estoy buscando a un hombre que lleva un tatuaje muy curioso. Dice: «He nacido para revolucionar el infierno.»

La aquietada risa del tatuador desapareció instantáneamente. Miró a Carvalho de hito en hito.

—¿Es Vd. amigo de Don Evaristo?

—Somos paisanos.

—Gallego, vamos —exclamó el murciano, sin excesivo entusiasmo. Estudió a Carvalho y cabeceó como si fuera víctima de un serio dilema.

—Dichoso tatuaje —dijo luego—. La policía ya me preguntó por él —hablaba sin dejar de mirar a Carvalho de frente. Carvalho aguantó la mirada.

—¿La policía?

—El que llevaba el tatuaje ha muerto. De mala muerte.

—¿Le hizo usted el tatuaje?

—La policía me dijo que no diera información a nadie sin avisarla.

—¿Antes o después de darla?

—Eso no me lo dijo.



—Entonces puede usted avisarla después de haberme dado la información.

—Yo hice ese tatuaje.

El tatuador era consciente de que con sus palabras abría una puerta.

—¿Quién era?

—Se ve que no conoce usted el oficio. Aquí nadie da su nombre. Y menos en un tatuaje sencillo.

—Pero de algo se habla mientras se trabaja.

—Cuando trabajo ni bebo ni hablo.

Y volvió a reírse con impresionante ronquera. Iniciaba y paraba la risa sin transiciones. De pronto adoptó gravedad de entierro y preguntó solícito:

—¿Busca usted a algún ser querido? —Digamos que le estoy cogiendo cariño. — ¡Ah! Yo ya no tengo la alegría de antes. Éste es un oficio duro. Apenas gana uno para ir tirando y tiene que poner unos precios que alejan a los pocos clientes.

—Hablar gasta la lengua. Le pagaré algo para compensarle.

Carvalho sacó de la cartera un billete de mil pesetas. El tatuador alargó la mano hasta donde le permitía el vientre y esperó la llegada del billete que le acercaba Carvalho.

—Era un chico alto y rubio. Parecía extranjero, pero no lo era. Tenía acento, aunque no creo que fuera andaluz o murciano. He oído acentos parecidos en gentes de Ciudad Real. Tal vez era manchego, pero de la parte del sur. O extremeño. Muy raro.

—¿Vivía aquí?

—No. Estaba de paso. Me dijo que había trabajado en Holanda. En la Philips de La Haya. Es todo lo que sé.

—¿Cuánto hace de eso?

—Año y medio.

—¿Recuerda algo más de su cara o de su cuerpo? ¿Algo que dijera?

—Nada. Se lo juro. Y se lo he contado más por la amistad de don Evaristo que por las mil pesetas. La amistad, eso está bien. ¿Por qué busca a ese muchacho?

—Un presentimiento. Tal vez se trate de un amigo.



Carvalho se sentó en la terraza del Versailles. El Bromuro merodeaba entre los clientes. Se detuvo ante los zapatos embarrados de Pepe y fue aceptado. El camarero puso ante Carvalho un «bitter» y una ración de aceitunas rellenas. El Bromuro esperó a que se marchara el camarero y dijo por lo bajín:

—Del muerto ese no sé nada seguro. Pero se ha armado un lío de órdago. Ayer hubo una redada y se han llevado a un montón de gente. Chicas y chulos. A cientos.

—Querrán sanear las costumbres.

—Se dice que van buscando enlaces de lo de la droga. Últimamente hay mucho macarra francés y todos éstos han venido organizados, con sus chicas y todo. Viajan con el negocio a cuestas.

—¿Qué tiene que ver la redada con la información que te pedí?

—Es posible que algo.

—Dime.

—En concreto no sé nada. Pero se dice que el asunto del ahogado tiene algo que ver con todo lo que está ocurriendo.

—¿Se sabe quién era?

—Yo de ti buscaría entre las chicas. Alguna tuvo que acostarse alguna vez con el tipo y un tatuaje así no se olvida.

—¿Cuántas hay en Barcelona? ¿Cinco mil? ¿Veinte mil? ¿Cien mil?

—La Charo puede ayudarte.

Carvalho metió otro billete de quinientas pesetas en el bolsillo del chaleco del Bromuro.

—¿Y a ti no se te han llevado?

—¿Y por qué no a ti? ¿O es que tienes bula?

Carvalho contestó un sonriente «quizá» mientras se levantaba. Caminó rápidamente hacia el domicilio de Charo. No estaba la portera y tuvo que enfrentarse al riesgo de comprobar por sí mismo si Charo seguía libre. Aunque tenía llave llamó a la puerta del piso. Creyó ver algún movimiento tras el chivato y la puerta se abrió sin confianza. Desde detrás de la puerta Charo dijo:

—Pasa.



Carvalho recorrió el pasillo hasta el comedor-living. Charo le seguía.

—Hay visitas. Tranquilo.

Carvalho ya veía a las visitas. Dos mujeres se movían por la cocina como preparándose la comida o el desayuno. La Charo le indicó silencio y le hizo pasar al dormitorio.

—Son dos amigas. Se salvaron ayer de la redada por los pelos y me han pedido si las puedo tener unos días.

—Te has metido en un lío. Esto empezará a llenarse de macarras y detrás vendrá la policía.

—No las iba a dejar tiradas en la calle.

—¿Por qué no?

—Vete a la mierda. Lárgate.

—Escucha. La cosa va en serio. No se trata de una redada normal. Buscan a fondo lo de las drogas y todas esas están liadas con chulos que saben de la misa cantada. Además, van a necesitar trabajo y, ¿te lo van a traer aquí?

—¿Por qué no? La casa es grande.

—¿Y tus selectos clientes qué dirán?

—¿Mis clientes o tú? ¿Qué dirás tú?

Charo estaba en plena fiebre solidaria y era como discutir contra un monumento a la conciencia de clase. La muchacha aún llevaba el salto de cama. Se le habían desparramado las ojeras por las mejillas blancas y el cabello dorado con mechas platino le colgaba abandonado de los peines.

—Hola, Pepe.

Carvalho saludó con una cabezada la llegada de las dos compañeras de Charo. Creía recordar que a una de ellas la llamaban la Andaluza; era pequeña y rubia como una llamarada. La otra le era desconocida; estaba de buen ver y parecía joven.

—Qué susto, hijo. Empezaron a oírse pitos y se presentaron como los fantasmas. De repente. ¡Y eran pocos! En media hora tenían a todo el barrio patas arriba.

Carvalho salió a la terraza de aquella casa nueva, construida como una excepción en el seno de un barrio que no había crecido desde hacía un siglo. De vez en cuando la mella de algún solar arruinado desde la guerra permitía la construcción de edificios como aquél, cúbico, acristalado.-con las ocho plantas encaramándose sobre los tejados cárdenos maltratados por el verdín. Si Charo le hubiera hecho caso y se



hubiera trasladado a una torre de las afueras, no se vería envuelta en estos líos. Volvió a la habitación donde las tres mujeres discutían nerviosas.

—Mientras estéis aquí vuestros tíos que se queden en la calle, ¿comprendido? Van a por ellos más que a por vosotras y no quiero que Charo tenga complicaciones.

—Descuida, Pepe, los han trincao.

Y la andaluza se echó a llorar. Carvalho hizo un aparte con Charo.

—Necesito saber si alguna de tus amigas ha conocido a un tipo que llevara un tatuaje en la espalda que dijera «He nacido para revolucionar el infierno». Un hombre joven, alto, rubio. Tenía un acento como andaluz, pero sin serlo, y había estado o estaba en Holanda trabajando.

—Eso lo sabrán mejor las gobernantas de las casas. Si te portas bien con estas pobres y no les hace un feo, yo me encargo de enterarme de algo.

—Déjalas aquí y vente a mi casa mientras escampa.

—¿Y recibo allí?

—Déjalo una temporada. Tampoco necesitas dinero.

—¿Y tú qué sabes? Yo no me muevo de mi casa.

—Es posible que tenga que salir de viaje al extranjero. Pocos días. Puedes irte allí mientras tanto.

—Nada.

Carvalho la dejó con un gesto de fastidio. Pero Charo le siguió.

—A mí no me dejas tú así. ¿Qué te has creído? Ésta es mi casa y hago con ella lo que me da la gana. ¿Me la pagas tú acaso? ¿Cuándo me has dado tú ni cinco así?

—Déjalo.

Pero Charo no lo dejaba. Le siguió hasta la puerta de la escalera.

—Si estuviera en su lugar me gustaría que me ayudaran.

—No estás en su lugar y te vas a poner a su altura.

—Soy como ellas, con la única diferencia de que trabajo por mi cuenta. Y tú también eres como ellos, casi como ellos.

—¿Cómo quien?

—Como la policía.

Charo subrayaba la firmeza de lo que decía apretando los labios. Carvalho dudó entre darle un revés o volverle la espalda. La miró mientras decidía y la Charo se dio



cuenta de la elección que pasaba por la mirada fija de Pepe. Dio un paso atrás y desde allí siguió mirando a Carvalho fijamente.

—Entérate de lo del tatuaje.

Carvalho se disponía a bajar por la escalera cuando la Charo sacó medio cuerpo por la puerta.

—Ven esta noche.

—¿Dormiremos en el retrete?

—¿Quieres que suba a tu casa?

—Déjalo. Pasaré más tarde.

Carvalho se dirigió a buen paso hacia la peluquería de Queta. Estaba llena de mujeres y de rumores de conversación. La Gorda dejó de limpiar la cabellera cana de una cliente para subir con sorprendente ligereza los escalones que llevaban al altillo. Carvalho no apartó su mirada de la de Queta, que agitaba una botella de champú. La mujer tenía toda la inmensidad de sus ojos abiertos pendiente de la indiferencia y fijeza con que aparentemente Carvalho cruzaba el salón en dirección al altillo. Pepe llegó a la oficina cuando ya la Gorda había dado el parte. El señor Ramón le esperaba con la sonrisa precipitada y una interrogación en los ojos. La Gorda permaneció un momento junto a su patrón, a la manera de un guardaespaldas insuficiente pero decidido. Un gesto del patrón la hizo salir. Carvalho ya estaba entonces sentado en la butaquita verde. Cuando cesaron los pasos de la Gorda en los escalones, Carvalho adelantó el cuerpo y puso una mano sobre la mesa.

—Esto se ha complicado demasiado. La redada de ayer está relacionada con el caso del ahogado.

—¿Por qué?

—Eso es cosa mía.

—¿Usted sabía que el asunto tenía que ver con el tráfico de drogas?

—Empiezo por no saber ni quién es el ahogado. ¿Se ha enterado usted acaso?

—Si en veinticuatro horas no me entero de algo aquí, no tendré más remedio que ir a Holanda. Allí hay una pista.

La gravedad sustituyó de repente la sonrisa prefabricada del señor Ramón.

—Le pasaré factura.

—Pase lo que quiera, pero no venga por aquí hasta que no sepa algo concreto. No me interesa verme mezclado en todo esto. ¿Han detenido a su novia? Si no lo han



hecho pueden detenerla en cualquier momento. Han sellado los meublés. Casi todos, menos los supercaros. Y los bares. Su chica corre peligro.

—Trabaja en casa, por su cuenta. Exactamente igual que su mujer.

Los dos hombres se aguantaron la mirada. Las pecas del rostro del señor Ramón le parecieron casi amarillas.

—Mire, Carvalho, está en marcha una operación de limpieza bastante seria. Ha cogido el asunto un juez cabezota y según parece han aparecido nombres graves en lo de las drogas. Muy graves. ¿Me entiende? Cuando empiezan a caer los peces gordos los demás no tienen escapatoria. Le pago para que corra usted los riesgos, si no ya habría ido yo mismo por ahí a buscar información. De modo que váyase, por favor, y no me complique la vida.

—De momento le pasaré factura si tengo que irme a Holanda.

El ademán del otro fue a la vez, de asentimiento y de despedida. Carvalho bajó a la tienda y se paró ante la Gorda.

—Cómo corres, chica, a pesar de lo fatibomba que estás...

El coraje de la muchacha se concentró en los ojos, en los que empezaron a formarse lágrimas de rabia. Queta observaba la escena desde su puesto de trabajo. Carvalho dejó para mejor ocasión una parrafada con la patrona. Volvió a palparla con la mirada cuando pasó a su lado. Hasta la calle le siguió trabajando la imaginación en una complicada escena erótica en la que la Gorda se acostaba con el señor Ramón y él se llevaba a Queta a un pajar como los de su casa de Souto. Se puso a reír ante la insistencia de la aparición del pajar en su imaginación erótica. Otra imagen ocupó repentinamente una extraña pantalla en cinerama que le cabía en el cráneo. El señor Ramón con los ojos asustados y él, Pepe Carvalho, dándole tantos puñetazos como pecas tenía en su cara hervida.



—¿Ginés?

—¿Qué Ginés? Hay cuatro.

—El más chulo.

—Entonces sólo hay uno. Vaya al cuarto piso. Y tenga cuidado que hay tramos de andamio.

El bloque aún era una armadura de hormigón y andamiaje metálico; á distancia aparecía salpicado por las bolitas color naranja de los cascos protectores de los albañiles. Al pie de una de sus secciones, Carvalho encaramó los ojos por la geometría de las estructuras y empezó a subir.

— ¡Eh, usted!

El encargado corría hacia él con un casco en la mano.

—No suba sin esto. Hay mucho aprendiz y aquí le descalabran a uno en cuanto se descuida.

Se puso el casco y le pareció recibir la investidura de la aventura. La escalera era apenas una rampa de cemento en la que se habían insertado ladrillos para ir poniendo el pie. Al llegar al cuarto piso Carvalho hizo unas cuantas respiratorias. El horizonte parecía dominado por la provisionalidad de construcciones como aquella, un bosque de esqueletos cúbicos de crecimiento tenaz. Al fondo caía la cortina amarilla de las nieblas del cinturón industrial.

—¡Ginés!

Un casco naranja se alzó y bajo él estaba el rostro rubio y ratonil de Ginés.

—¿Has perdido el sombrero?

—¿Tienes un momento?

Con el revés de la manga, Ginés se secó el sudor que desbordaba sus cejas frágiles.

—¡Ay, Pepino, que me morro de calor! Si me los ganara tan descansados como tú. Dime.

—Ando buscando a un tipo. Un ahogado. Apareció en la playa hace unos días y tengo que saber quién es. La policía no ha dado ninguna descripción. Llevaba un tatuaje: «He nacido para revolucionar el infierno.»



—Menuda ha armado el ahogado ese. La policía ha puesto todo el barrio patas arriba. A mi hermano no le trincaron de milagro.

—¿Sabes algo?

—Nadie sabe nada. Todo está relacionado con las drogas y con los chulos franceses que han traído prostitutas hasta del Camerún. Pero no sabe dónde empieza ni dónde acaba.

—¿Sabes cómo se llama el ahogado?

—No. Ni puedo enterarme. Durante quince días le voy a dar el callo, voy a llevar a los niños a los caballitos y le voy a ayudar a mi mujer a hacer ovillos de lana, para que me haga un jersey de invierno. Que en estos últimos diez años ya me he pasado siete dentro, tú.

Carvalho había conocido a Ginés durante una reclusión en la cárcel de Aridel. Ginés estaba por haberle roto el brazo a un vigilante nocturno de un silletazo.

—¿Sabrá algo Félix?

—Ése es el primero que ha escondido sus ciento cincuenta quilos bajo tierra.

—¿El Valencia?

—Ése está un día privado y otro pirado. Tiene las macetas de su casa llenas de kifi y mientras la mujer le traiga cuartos, él tranquilo. Pepe, recurre a otra gente. Yo tengo todos los contactos cortados y esto huele feo, muy feo. Cuando se cierran los meublés como se han cerrado, a cal y canto, quiere decir que la cosa va para largo y en serio.

—Vamos a tomar una copa. ¿Puedes bajar?

—Si doy un motivo, sí.

—¿Qué motivo vas a dar?

—Que quiero tomarme una copa contigo.

Bajó el Ginés silbando: «Ni se compra ni se vende...», y llegó abajo con dos pisos de ventaja sobre Carvalho.

—Y de política, ¿qué? A ver cuándo viene el Krushev en vespa.

—El Krushev ya no va a venir ni en vespa ni en nada. Se ha muerto. Y yo de política nada.

—Pues yo que presumía de tener un amigo que iba pa ministro.

Llegaron a la altura del encargado.

—Oye, este señor tiene sed y le acompaño a un bar.



— ¿Y si viene el contratista qué le digo?

— Eso es cosa tuya.

Refunfuñó algo el ya distante encargado. Ginés se tapaba la risa con una mano.

— Quédate ahí, amargado, que eres un amargado. Tiene úlcera, ¿sabes?

— Y tú también.

— Pero yo la mato a base de copas.

— ¿Te dejan hacer lo que quieres?

— Me tienen un respeto. Soy el mejor. Y a mí más vale tenerme contento.

Carvalho conocía las cotas éticas de Ginés. Sabía que a la cuarta copa hablaba de su madre. A la sexta, de su mitificado hermano, compañero de juergas. A la décima, ya hablaba de lo que Carvalho quería. El bar, lleno de mesas de plástico a topos y calendarios de gordas en bikini, tenía el suelo cubierto por una capa de mugre, resistente incluso a los punterazos que le daba un Carvalho impaciente.

— Ginés, ¿si te cayeran mil pesetas, no me rastreabas tú esta noche lo del ahogado ese?

— Que por ti lo haría, Pepino. Pero son malos tiempos, te lo juro. Y mi madre está delicada. No quiero darle otra vez el disgusto de que me enchironen. Prueba con el Bromuro. Lo que él no sepa de esto...

— ¿Seguro?

— Seguro. Y si no te ha podido decir nada debe ser porque no se sabe. Tal vez ni la policía lo sabe.

— El ahogado conservaba los dedos y existe una cosa que se llama carnet de identidad.

— Es verdad. Pero cuando no se ha escapado el nombre es porque se lleva todo con mucho cuidado. Tú no bebes, Pepino. Tú me estás tirando a mí de la lengua, pero tú no bebes. Eres un gallegazo. Eso es lo que eres.

Tenía Ginés la cabecita echada hacia atrás y miraba a Carvalho con fingida provocación. Carvalho meditaba sin hacer caso de la brabata del rubio.

— Te veo muy preocupado. ¿Es algo tuyo ese muerto?

— No. Pero me interesa el asunto.

— Oye, has puesto cara de tío de película. Tienes estilo. Pero eres un tramposo. No te has bebido ni dos copas y yo llevo quince.

— ¿Tienes que volver al trabajo?



—Me pongo malo y no voy. La casa, se acabará lo mismo. Anda, vámonos de tapas a la calle Escudillers.

—No puedo. Te lo juro.

—Vete entonces. Yo me quedo otro rato. Lo siento, pero yo a mi madre no le doy otro disgusto de muerte.

Estaba casi lloroso.

—La última vez fue mi hermano. Le encontraron en la cama con la mujer del dueño de su taller y le querían moler a palos. El amo y los hijos. Le dieron con un martillo, y él se defendió. Ya sabes cómo somos, pequeños, pero los tenemos así. Seis meses. La ley de vagos y seis meses. Y eso porque aún le salió bien. Y mi madre se puso, no veas cómo se puso.

—¿Y tu mujer?

—La han preñado.

—¿Quién?

—Yo, a lo mejor. Pero lo seguro es que está preñada. Así.

Con las manos marcaba Ginés la preñez de su mujer y se partía de risa. Recordaba Carvalho la sombra de una muchachilla andaluza, delicada, de huesos pequeños y ojos grandes, al otro lado de la doble reja del locutorio. Ginés se inclinaba entonces hacia él y le decía:

—Es mi mujer. Está muy buena, aunque no lo parezca. En cuanto salga la sobo un poco y en dos días se pone que da gozo y yo morao.

Hacía casi diez años de todo aquello y sólo Ginés seguía siendo el mismo.